

cho, disparad vuestras flechas sobre mi pecho, atravésadle con ellas y entregad entonces á Mayabonex.

Estas palabras engrandecieron al caudillo á los ojos de sus vasallos.

—Hágase tu voluntad, dijeron;—sucumbamos si es preciso.

—Más quiero que se diga en el mundo que Mayabonex murió á manos de sus adversarios, que no que haya quien pueda motejarme por haber hecho traición á mis amigos.

Mayabonex quiso á su vez evitar el conflicto entregándose á los españoles.

Su protector se lo impidió, y dejó sin respuesta las nuevas intimaciones del adelantado.

## Capítulo LXIX.

### Desastres de la guerra.

Guaorocaya estaba resuelto á perecer antes que cometer una felonía con su huésped.

Quiso, por lo tanto, cortar toda clase de relaciones con el adelantado, y para evitar que en lo sucesivo se acercasen á su persona emisarios de los españoles con nuevas proposiciones, apostó en los caminos partidas de ciguayos con orden expresa de dar muerte á cualquiera que se acercase á sus dominios, aun cuando fuese con el carácter de enviado de los extranjeros.

El cacique manifestaba una entereza, una energía, que contrastaba con la docilidad de Guacanajari.

Al mismo tiempo se distinguía de la ferocidad de



Caonabo, porque no luchaban en él los malos instintos, sino el amor á la patria, el deseo de defender su independencia, la esperanza de la aureola del martirio.

Sus órdenes no tardaron en ser obedecidas.

El adelantado, queriendo á toda costa poner término á aquella situacion difícil, envió al Ciguay prisionero á un indio de los aliados á hacer nuevas proposiciones á Guaorocaya.

Con el objeto de no perder tiempo, lo siguió con su tropa á cierta distancia; pero no pudo evitar su muerte.

Apenas llegaron á la selva y comenzaron á internarse en ella para encaminarse al cuartel general del cacique, salieron á su encuentro las avanzadas que tenia en el camino y les preguntaron cuál era el objeto de su viaje.

—Vamos á ver á Guaorocaya,—contestaron,—en nombre del jefe de los españoles.

—Pues volveos atrás, porque ha dado orden terminante de que no se acerque nadie á él con mision alguna de los españoles.

—No tenemos más remedio que cumplir las órdenes que hemos recibido.

—En ese caso, cumpliremos nosotros las nuestras.

Y tomaron una actitud amenazadora para impedirles el paso.

Pero los emisarios, que sabian que á muy corta distancia iba el adelantado con las tropas, comprendieron que si huian no podrian librarse del castigo; y

entre el castigo, que significaba una muerte afrentosa, y la lid, que significaba una muerte heroica, el cumplimiento del deber, optaron por lo último.

Los dos emisarios perecieron atravesados por las flechas de sus hermanos, y cuando Bartolomé los encontró en tierra, renunciando á la benevolencia que hasta entonces habia constituido la parte esencial de su política, acordó combatir sin cuartel á aquella raza terca é indomable, que atribuia á debilidad los buenos sentimientos que le animaban.

Exortó á sus soldados á pelear con denuedo, y avanzando con ellos hasta el paraje en donde se hallaba Guaorocaya con el grueso del ejército, produjo la desercion de la mayor parte de los indios.

Guaorocaya se veia abandonado por sus filas, y para no morir de una manera ignominiosa á manos de los españoles, corrió á refugiarse con los que aún estaban á su lado en las montañas.

Desesperados los ciguayos al ver que Mayabonex era la única causa de las persecuciones que sufrían, porque hasta entonces los españoles habian respetado sus dominios y su libertad, resolvieron buscarle y hacerle pagar con la muerte los desastres que habia producido, ó entregarle á los españoles para aplacar su ira.

Mayabonex habia huido, y vagaba solitario y con el corazon herido de muerte por las apartadas sierras que ofrecian á su defensa baluartes naturales.

El miedo es el enemigo más poderoso de los ejércitos.



Si no hubiera luchado al lado de los españoles, nada más fácil para los indios que vencer á aquel puñado de hombres, á quienes combatian las enfermedades, el hambre, los trabajos y el desaliento.

Pero al verlos avanzar en sus briosos corceles, cubierto el pecho con el brillante peto y la cabeza con el luciente casco, en donde, reflejándose los rayos del sol, hacian parecer á los ginetes y á los caballos como mónstruos de fuego; al ver detrás de los ginetes á los soldados con sus armas, que lanzaban el rayo y el exterminio, no pensaban que, siendo infinitamente superior en número, podian á poca costa destruirlos.

Incapaces los indios de comprender la fuerza de la colectividad, media cada cual sus ánimos con los de todos los guerreros, y era natural que el pánico se apoderase de su alma despues de aquella comparacion tan desventajosa para ellos.

Unos á otros se trasmitian el miedo y huian despavoridos, entregando sus hogares á los extranjeros, arrojando su independencia á los piés de sus caballos para que la destrozasen, y con sus gérmenes formasen el dogal de su esclavitud.

Y sin embargo, despues de vencer á los indios, despues de verlos correr despavoridos á refugiarse en sus madrigueras, quedábale al adelantado una nueva campaña que sostener, una nueva victoria que ganar.

El hambre aterrorizaba á los españoles.

Al huir los indios habian dejado sus hogares de-

siertos, sus campos asolados, y no tenían los extranjeros para satisfacer sus necesidades más víveres que el pan de cazabe, las raíces y las yerbas que los indios aliados les preporcionaban, y las hutias que los perros de presa cogian para repartirlas con sus dueños.

Más de tres meses duró aquella campaña.

Toda la paciencia, todo el patriotismo, todo el sentimiento del deber, toda la lealtad debian agotarse en aquella prueba terrible y angustiosa.

Muchos de los que acompañaban al adelantado, establecidos en la Vega, habian formado granjas ó heredades, que cultivaban, y por acompañarle habian tenido que abandonar sus haciendas.

Casi todos suplicaron á Bartolomé que renunciase á la conquista del Ciguay, ó cuando ménos les permitiese volver á consagrarse á las faenas agrícolas, que al ménos les ofrecian frutos para satisfacer sus necesidades.

No era el adelantado hombre capaz de cejar en su empeño.

Habia resuelto avasallar á los ciguayos, y no queria volver á Santo Domingo sin haber conseguido sus deseos.

Pero al mismo tiempo comprendia las razones que alegaban sus soldados, y concedió permiso á muchos de ellos para que regresasen á sus hogares.

Sólo treinta hombres quedaron á su lado.

Con ellos acordó registrar las cavernas y las montañas.



En este viaje de exploracion halló todas las ciudades y aldeas completamente desiertas.

Al cabo de algunos dias de inútiles investigaciones, unos cuantos soldados que cazaban hutías encontraron á dos indios que, segun les dijeron, iban á buscar pan de cazabe al departamento de Xaragua.

Aprisionáronlos, y llevándoles á la presencia del adelantado, con dádivas y con amenazas logró éste que le descubrieran el paraje en donde se habian refugiado Guaorocaya y Mayabonex.

Hasta encontrarlos y hacerlos prisioneros, estaban seguros los españoles de que no abandonaria el adelantado aquella comarca.

Para salir cuanto antes de ella resolvieron doce de los más audaces apoderarse del cacique y de su huésped.

Uno de ellos, llamado Rodrigo de Alvareda, dijo al adelantado:

—Si me lo permitis, iré con unos cuantos camaradas á apoderarme de Guaorocaya y de Mayabonex.

—Arriesgada es la empresa; más vale que vayamos todos juntos.

—He concebido un plan, que me parece que debe darme buenos resultados. Dejadme en libertad de obrar, y yo os prometo volver en breve con los caciques.

—Id en buen hora,—dijo el adelantado.

Rodrigo y sus doce camaradas se desprendieron de sus vestiduras, se pintaron el cuerpo como los indios, ocultaron sus espadas con hojas de palma, y

obligaron á los indios á quienes habian sorprendido á que los llevaran hasta la guarida de su rey.

Aun cuando tenia espías Guaorocaya, no se alarmaron éstos al ver á los falsos indios.

Les dejaron llegar, y el mismo rey salió á su encuentro para ver qué querian.

Pero los españoles arrojando la máscara, separando las hojas de palma de sus espadas, y blandiéndolas con energía, pusieron en precipitada fuga á los únicos defensores del cacique, se apoderaron de él, le maniataron, lo mismo que á sus mujeres y á sus hijos, y los llevaron al paraje en donde les aguardaba el adelantado.

—En tu poder me tienes,—exclamó Guaorocaya;—pero no has podido vencerme en buena lid. Sólo la traicion te ha dado el triunfo; no eres digno de envidia; mientras yo levanto mi frente, tú tienes que bajarla: eres más astuto, pero no más valiente que yo.

Preso Guaorocaya, podia considerarse Bartolomé en posesion del Ciguay, y resolvió renunciar á prender á Mayabonex por entonces, para regresar al fuerte de la Concepcion.

En aquellas circunstancias tuvieron los españoles ocasion de admirar las grandes virtudes de una mujer india.

La hermana de Guaorocaya estaba unida con un cacique de las montañas, en donde todavia no habian podido penetrar los españoles.

Al saber el peligro que corria su hermano, domi-



nada por el inmenso amor que le profesaba, corrió á su encuentro y abandonó la seguridad de los estados de su esposo, para partir con él los peligros y los azares de la persecucion de que era objeto.

Cuando cayó en poder de sus enemigos, solo la dominó una pena: la de que su hermano habia perdido la libertad.

Tanto por su hermosura como por su energía llamó la atencion del adelantado, y cuando el esposo de aquella mujer heroica fué hasta la Concepcion á verle para implorar su libertad, ofreciéndole en cambio someterse al dominio de los españoles, Bartolomé aceptó aquel pacto y puso en libertad, no sólo á la hermana de Guaorocaya, sino á todas las mujeres de éste y á sus hijos, conservando sólo al soberano, si bien tratándole con todas las consideraciones que su infortunio y su grandeza merecian.

Este comportamiento convenció á los ciguayos de que les convenia ser aliados de los españoles, y se presentaron en el fuerte de la Concepcion cargados de regalos, y ofreciéndose á pagar toda clase de tributos con tal de que dejase en libertad á Guaorocaya.

Bartolomé les ofreció tratarle con toda clase de consideraciones.

Pero no accedió á sus ruegos, porque entonces, que habia tenido ocasion Guaorocaya para conocer la insignificancia de sus fuerzas, podia envalentonarse y destruir la conquista, que tan trabajosamente habia hecho.

En tanto Mayabonex, considerándose como la

única causa de la esclavitud del Ciguay, sufría horriblemente, viviendo aislado en medio de las asperezas de las montañas, y luchando noche y dia entre acabar con su vida, ó hacer un desesperado esfuerzo para libertad á Guaorocaya y devolverle el territorio que por su causa habia perdido.

Los ciguayos le consideraban como la única causa de su perdicion, y le dejaban abandonado en su retiro, bajando los ojos ó mirándole con desprecio cuando pasaban á su lado.

Deseosos de vengarse de él indicaron á Bartolomé su retiro, y con este motivo dispuso el adelantado que un destacamento fuese á buscarle.

Los soldados á quienes encomendó esta mision se ocultaron entre las rocas que abrian paso á su guarida, y despues de dos dias de exploracion, le sorprendieron cuando salia de su madriguera para buscar alimentos con que satisfacer el hambre que le devoraba.

Cargáronle de cadenas y le enviaron á la Concepcion.

El infeliz creia caminar al suplicio.

Despues de todo lo que habia pasado, no tenia más esperanza que la muerte.

Pero le esperaba el magnánimo corazon de Bartolomé.

Apaciguada la Vega, conquistado el Ciguay, extendido el poderío de los españoles por casi todo el territorio de la isla, y no dando cabida en su pecho al sentimiento de la venganza, natural era que no



ensangrentase sus laureles con la sangre de aquel héroe.

—Te perdono la vida,—le dijo;—pero serás mi prisionero, aun cuando no te faltará nada para vivir tranquilo.

Tal fué el fin de aquella trabajosa y ruda campaña, en la que tantas pruebas de su valor, de su pericia, de su magnanimidad dió el hermano predilecto de Colon.

Los gérmenes de la discordia parecían cortados de raíz.

Unicamente podian preocuparle los rebeldes, que al mando de Roldan habian llegado al departamento de Xaragua.

Pero antes de que tomase las medidas necesarias para combatirlos, recibió el mensaje que por medio de un indio le envió el almirante al llegar á la isla; y como saben mis lectores, corrió á abrazarle, dándole cuenta, despues de haberle dejado reposar de las fatigas de su viaje, de todo lo que habia sucedido, y de la actitud amenazadora y provocativa que guardaba Roldan.

---

## Capítulo LXX.

---

### Un hombre vil.

Roldan se encaminó con su gente al departamento de Xaragua, y no halló obstáculo á su entrada, porque, gracias á las buenas relaciones que habia entablado el adelantado con Anacaona, esta reina se habia aliado con los españoles, y creyó que se acercaba á sus dominios para comunicarle noticias de su esposo, ó cuando ménos para darle alguna orden del adelantado.

Llegaron, pues, los rebeldes sin la menor dificultad hasta el palacio de Anacaona.

Roldan acariciaba el proyecto de apoderarse de la reina y satisfacer su brutal pasion.

Pero no le convenia manifestar desde luego sus propósitos.